

Vestía el marqués traje de pana inglesa compuesto por un corto bombacho y por una blusa tableada. Ceñía la blusa sobre el talle ancho cinturón con tahalí. Por el tahalí descolgaba un cuchillo de monte. Ajustadas botas de cuero le subían hasta cerca del muslo; una boina de terciopelo cubría su cabeza rapada, dando sombra al rostro aguileño, donde relucían dos pupilas azules y doreaba una barba en cuadro.

Pintura escapada á un lienzo del Tizziano, retratador de Carlos V, parecía el marqués; sombra de uno de los Enríquez que pelearon en Pavía y Otumba, salida del sepulcro para conversar con la dama, para acompañarla hasta los umbrales de la torre.

En ellos se inclinó reverente, despidiendo á la condesa Leonor. Gorra en mano lo hizo, apoyando la diestra en el mango del cuchillo montés.

Crujió la puerta en sus goznes de acero y se cerró de golpe.

Diez siglos crujían y se encerrojaban con ella.

## VII

Cuando supo Juanón que María andaba con Manuel en cortejo, juró y perjuró, sacudiendo el aire con los puños y haciendo retemblar el suelo con sus patatazas de elefante.

— ¿Con que sí? ¿Con que María aceptaba los requiebros de Manuel, de un casi cuarentón, de un calienta cascós jornaleros, que acabaría malamente, en garrote ó en cuadro, si no le mataba antes la falta de olla y de mendrugo?... ¡Moler con la noticial!... Era pa echarse la escopeta á la cara y coger juntos á los dos y hacer en ellos carambola!... Y ya que no á los dos—al fin la chica era su carne— á él sí. A ella... Buenas varas daban los fresnos pa melecina de amoríos.

— ¿Qué mala hierba había la mocita pisao? ¿Pa eso apilaba Juanón duros y más duros en el fondo de su arca? ¿Pa eso compraba tierras y se hacía con una hijuela? ¿Pa eso ganó la confianza y el acojo de Don Anselmo?

— No; pa eso no fué. Y no sería, ¡claro que no sería!... Pa que la hija heredara duros y tierras y los juntara con los de un mozo de su igual, hizo Juanón

lo que hizo. A ello se llegaría man que les pesara á los angelitos del cielo. ¡Faltaría que un sin zapatos, viniera con sus manos lavás á tragárselo tó!... Antes echaba los duros al aljibe y sembraba los terrones de sal.

— De buena gana enfrentaría con Manuel pa descajarle á leñazos el galanteo. Solo que Manuel era mucha gente: puños de oso y corazón de jabalí. Mal lo pasara quien de hombre á hombre le envidara. Habría que buscar otra maña. Por lo pronto, á su mano andaba María. A ésta, si cerdeaba, con un ronزال la espavilaría. A ramalazos sacaríale de las costillas el querer.

María acudió pronta al llamamiento de su padre. Ya llevaba cinco meses de relaciones con Manuel.

— ¿Con que esas tenemos?—refunfuñó Juanón.— ¿Con que la niña galantea? ¿Con que á los diez y ocho años, da en cortejar con un cuarentón más pobre que las ratas? ¡Puaf!... ¡Sí sería ello un asco! De fijo que es ur cuento. Eso no es verdá. ¿Verdá, tú?

— Verdad es—respondió María—poniendo en el suelo los ojos.

— ¿Verdá?... ¡El Dios de allá arriba téngame de su mano!... Vamos, no me tientes y hagas que suceá en la casa una esaborización. ¡Verdál... ¿Que es verdá?... Ya ves que estoy aseogao; ya ves que entoavía no te he hecho rajás el hocico... ¿Que es verdá, criatura?

— Que le quiero.

— ¡Le quieres..., le quieres!... Hay muchas castas de querer. El tuyo es querer de mocita: tontaina y

faramalla. Grano que no prende porque está sin abrir el surco. ¿No es así tu querer?

— No es así.

— ¿Cómo entonces?

— Firme. Pa en jamás de los jamases, padre.

— ¡Ah!... Pues tú verás cómo lo arreglas, porque esos jamases han de concluir ahora mismo.

— No se arrancan por mandato, ni por voluntad, los quererés del pecho.

— Probaré yo á arrancártelos con las túrdigas.

La fisonomía de Juanón, hasta entonces falsamente acariciadora, se tornó amenazante. Relampaguearon sus pupilas, frunciéronse sus labios, un temblor sacudió sus músculos, y cogiendo de los aparejos mulares, caídos contra el suelo, un ronزال, enderezó hacia su hija:

— ¡Ahora mismo, ahora mismo—rugió—me vas á decir, á jurar, que rematarás con ese hombre!

— No.

— ¡Que no!... Pues ahí va, mocita, y cuenta que no paro hasta que digas sí.

La bárbara faena empezó. El ronزال crujía contra las carnes de la joven. Cada golpe alzaba un cardenal y precedía á una pregunta: "¿Lo juras?" "No". "¡Pues sigal!" Y el brazo tornaba á enderezarse y á caer, de vez en vez más brutal y más recio.

La mujer no se defendía, no pedía socorro. Con la frente erguida y el terco "No" en la boca, aguantaba los chicotazos.

Sólo cuando amenazaba la cuerda á sus caderas ó á su vientre, extendía las manos, deteniendo el golpe con ellas, sufriendo en ellas el trallazo. Aquella

parte de su cuerpo era sagrada. Ni el padre tenía derecho á maltratarla. A ella propia no le pertenecía ya. Pertenecía á otro, á un ser que dentro de ella germinaba. Días antes anunció su presencia con un débil sacudimiento. Llorando de gozo, tartamudeando de rubor, María se lo dijo á Manuel. No hubiera miedo de que la cuerda azotadora profanase el santuario donde el hijo vivía. Ella sabría defenderlo.

Y lo defendía brava, heroicamente, protegiéndolo con sus brazos amoratados, con sus manos chorreantes de sangre. Toda ella era angustia cuando venía el golpe á sus caderas ó á su vientre; toda sonrisa, cuando, evitado el golpe, rebotaba sobre sus muñecas el ronزال. Siempre que esto ocurría, siempre que con el martirio de su carne evitaba el de la carne nueva, el de la criatura en formación, un resplandor augusto iluminaba los ojos de María. Descompuesto era este resplandor por el llanto que entre los párpados temblaba para formar sobre ellos luminosa aureola, dentro de la cual aparecía, como una hostia de amor, la maternidad dolorida y triunfante.

—¡Me voy, me voy por no hacerte piazos!—gritó Juanón rendido, dolido acaso, de tanto golpear á la joven.—Me voy; pero, por estas cruces, te prometo que ello se acabará. ¡Cristo, si acabará!...

María cayó contra una silla. Estaba destrozada. Sentía correr la sangre por sus hombros; veíala brotar en gotas rubí por las moraduras de sus brazos, por la piel de sus manos donde trazó la cuerda anchos surcos color de lirio.

—No sabría Manuel la salvajada de Juanón. ¿A

qué fomentar odios entre su padre y el de su hijo? Callaría. A bien que sus entrevistas con Manuel se realizaban de noche. De noche y á obscurasno es fácil ver los cardenales. Por lo que hace al dolor, ya se iba pasando. Al cabo de un rato, como nueva: pa recibir otra paliza. ¿Su padre era terco? Ella lo era también... Vamos, terca, no. Es que su padre pedía un imposible. ¡Renunciar á Manuel! ¡Si supiera Juanón!... Ya lo sabría andando el tiempo. Quizá que se ablandara entonces. Si no se ablandaba... Ella no se debía á este padre ya. Se debía al otro, al de su hijo.

Reservando lo del trato de cuerda, refirió á Manuel el disgusto.

—¡Separarnos!—contestó Manuel, rodeando con sus brazos el talle de María.—¿Crees tú que podrá? Cuando es verdadero el cariño, fuerte como nadie es Verdadero es el nuestro. Más grande hoy que al principio. Hoy nos manda aumentarlo esto que va á nacer. ¡No te aflijas! Los padres hablan por hablar. Llegando las cosas al punto que las nuestras, los padres se conforman. No te tomé para capricho. Por compañera te juré desde el primer momento. Hablaré con tu padre y se convencerá, y terminarán las trifulcas.

A la otra mañana, Juanón, que limpiaba su viña, vió llegar á Manuel por entre unos olivos. ¿Qué buscaría allí? ¡Como viniera á pedirle cuenta de la paliza, las iba á escuchar gordas!

—Tío Juanón—díjole Manuel, acercándose.—Hemos de hablar.

—¿Yo y tú?

— Yo y usted. Como ello debe ser á solas, he aprovechao esta ocasión.

— Hicieras mejor con no venir. De lo que ties tú que hablarme, he dicho la última palabra.

— ¿Quién sabe?... Tenga calma; liemos un cigarro y óigame en buena paz.

— ¿En buena paz á tí que te quies llevar á mi chica y arramblar cuando estire, que estire yo la pata, con toita mi hacienda?

— No empecemos, tío Juanón. Siéntese y escúcheme.

— Habla.

— No mentemos la hacienda. El que me conozca —usted me conoce— sabe que nunca eché cuenta con intereses. Los míos propios desprecié por no disputarlos á mi hermana; y eran míos, cuanto más los ajenos. Lo suyo puede usted guardarlo; disponer de ello conforme se le antoje. Quiero de usted sólo una cosa: su hija. Pero la quiero, óigalo. usted, la quiero, porque ella me quiere, porque la quiero yo.

— ¡Callarás!

— Cuando lo hable todo. Ni á ella, ni á mí, hay quien nos separe. No sea terco y démela. Sé trabajar. Donde haya trabajo acudiré. Estos brazos no los rechaza nadie porque no conocen pereza. Tengo una casa allá, en el monte. Pobre y humilde es, pero basta para nosotros. Mi padre y mi madre vivieron y murieron en ella. Sitio hubo en ella para los que nacimos. Déjese de hacer con la cabeza "no.". Haga "sí.". Cuando usted disponga, María y yo nos ponemos enfrente del juez; firmamos en el libro, y hecho está el casorio y todos felices. ¿Qué responde?

— Que no y mil veces no y cien mil, si las mil te parecen pocas. ¿Crees que vas á entontecerme con discursos como á esos tontos á que pedricas en los mitines? ¡Quiá, hombre, quiá! Sobrao tiempo andé entontecio mientras fui de la sociedad. Menos mal que hurté el bulto á tiempo.

— Para hacernos traición.

— ¡Traición!...

— Usted nos vendió. Usted entregó la lista de los nombres; por usted fueron á presidio muchos hombres de bien. Afortunadamente para usted, soy el único que lo sabe. Por lástima de su hija que iba á quedar sin pan, y de su mujer que era una santa, he guardado el secreto. Ya el daño no podía evitarse. ¿A qué producir otro? Esté tranquilo; pero no me dé en cara con sus duros y con sus tierras. Quizá que los primeros duros amontonados por usted, fueran pago de su traición. Guárdelos, seguro de que no tocaré á ellos nunca. Me repugnaría hacienda con tan malos cimientos.

— Te equivocas; te aseguro que te equivocas— murmuró Juanón, pálido como un muerto. — No os traicioné. Apartarme, sí... No me convenía continuar con vosotros... ¡Traicionaros! Con la mano sobre el pecho te juro...

— No jure. A más, eso no importa aquí. Es otro asunto el que me trae. ¿Consiente en que me case con María?

— No. Vamos... Yo también quiero hablarte en paz, sin enfurruños ni trompiezos. No es por mieu, ¿eh? No tengo coco en lo de entonces, porque no hubo de mi parte traición. Luego, hace nueve años

En nueve años mueven mucha agua los molinos. Es porque ni me conviene la boa ni á vosotros tampoco. Yo estoy en que mi hija y mi hacienda ha de llevárselas quien tenga tanto como yo, por lo menos. Da ahí no me afea naide. ¿Tú no quíes esa hacienda? ¿Y qué saco en limpio con ello? Pa tirarla ó pa regalarla á los frailes, no la he rejuntao yo. A más, tú no ves claro. Vas á viejo, Manuel. Más cerca de los cuarenta que de los treinta vives. A tu edá está uno bien pa agüelo, no pa padre de criaturas. María tié diez y ocho años. ¡No pué ser, hombre, no pué ser! Ella será joven cuando toques tú los cincuenta. Ya sabes el dicho: "A viejo maridao con joven, no le faltan materiales de peine,.". Echa tus cálculos y verás que llevo razón. Esto no ha sío por tu parte, más que el aquel de la muchacha. Se te ha entrao por los ojos y á cegar, como un bruto. Por la parte de ella eslumbramiento fué de oirte, juncioncica de pólvora. Ya ves que hablo tranquilo. Vuestro querer es una pamplina, un árbol sin raíz. Afortunadamente, caso formal no hay entre vosotros.

—¿Y si lo hubiera?

—¿Cómo? ¿Qué?—interrumpió Juanón, incorporándose sobre la linde en que estaba sentado.—¿Has dicho, y si lo hubiera?

—He dicho poco. Lo hay.

—¡Lo hay!... ¿Qué es lo que hay?—exclamó Juanón, poniéndose completamente en pie.

—Sépallo usté, ya que se empeña, y con su terquedad me obliga á decirlo. Entre María y yo, hay más que un noviazgo.

—¡Mentira, mentira! ¡Dí que eso es mentira!

—Verdad es.

—¡Pues sí es verdá!...

El viejo, empuñando su azada, hizo planta de levantarla sobre Manuel que, puesto en pie, le miraba hito á hito. No había hecho movimiento alguno; pero en la disposición del brazo y en la vigilancia de los ojos, se veía que estaba pronto á detener el golpe del otro, si éste lo descargaba. Era de hierro el brazo aquel. Juanón lo sabía, y dejando en tierra su azada, murmuró sordamente:

—¡Mentira! ¡Repito que es mentira! Un cuento inventao por la chica y por ti, pa que me dé á partío. Estoy en la treta. A otro perro con ese hueso. Conmigo no hay tús, tús.

—No es mentira. Si no quiere creerme, pregúnteselo al hijo que lleva María en su entraña.

—¡Un hijo!...

La cólera enmudeció á Juanón. Sus ojos parpadeaban locamente; por sus labios reseco salía, hecho hipo, el alentar; un gesto de angustia contraía su cara; sus manos arañaban el pechazo peludo, arrugando la camisa entreabierta, estrujando la carne, como si quisieran rasgarla.

De pronto, la cólera estalló. Subía á su boca en borbotones de palabras salpicadas con juramentos y blasfemias.

—¡Un hijo!... ¡Un hijo!... ¡Maldito él, si lo hiciste, y maldita ella, si se le dejó hacer! ¡Lea, más que lea!... Entregarse á este canallota que pué ser su padre!... ¡Por supuesto, tú tiés la culpa, tú sólo! ¡Tú eres quien la has engatusao! Y no por querer; por alzarte con mi hacienda, por guardarte mis cuartos.

¡Hipócrita, embustero, ladrón!... ¡Claro, así no hay remedio! Así se coje al padre y, por mor del qué dirán, suelta los patacones! ¿No te dió vergüenza, cochino?... ¡Bien te recrearías! ¡Y ella, la perdía, más que perdía! ¡Miá pa quien lo guardaba!... ¡Ay, no estar yo allí, y tener la escopeta á mano pa tirar de los dos gatillos á la vez y clavetearte el recocio corazón!...

Manuel le escuchaba en silencio, dejándole desfogar la ira. El viejo resoplaba. La bilis, derramándose por su piel, tornábala amarilla; una convulsión agitaba su cuerpo; sus manos daban puñetazos á la atmósfera. De pronto se dejó caer contra la tierra, berreando, pataleando, arrancándose á puñados los grises y rebeldes cabellos.

— ¡Un hijo! — repetía — ¡Un hijo!... ¡Un hijo de este pobretón, de este miserable andrajoso!...

Al pronunciar la palabra "hijo", sacudía los dientes, haciéndolos chocar con estrépito, como si quisiera machacar entre ellos al nieto por nacer.

Súbito calló; apartó del rostro las manos, y se enderezó lentamente. Estaba rígido, sin una contracción. Su voz sonó reposada, calmosa. Era más terrible que su furia, recogida en los ojos, aquella frialdad.

— Conque un hijo! ¡Vaya, hombre, vaya! Que sea norabuena. Aún pués hacerlos. Ná, que te creo. Creo también que esa zorra lo lleva dentro de su buche. Y bien, ¿qué? Lo lleve ó no, no será María pa ti. ¿Te enteras? Aún es menor de edá; mando en ella. Las hijas perdías se encierran con cerrojo y con llave. Los chicos se deshacen; pa eso vive

la tía Gila. Si no se puén deshacer, pronto se pasan nueve meses. El torno de la inclusa es muy grande y no pregunta á sus huespés de ande vienen.

Le tocó á Manuel ponerse lívido. En sus ojos relampagueó la amenaza. Llegóse á Juanón, y sin alzar el tono, mirándole entre ceja y ceja, tocando su pecho con el índice, dijo:

— Deshacer la criatura no podrás. María está para evitarlo. Si cuando nazca el hijo lo arrancas de brazos de su madre y lo echas á la inclusa, tan cierto como el hijo es mío, que te mato, Juanón.

Y girando sobre sus talones, hizo camino á los olivos.

## VIII

El pueblo rico andaba en revolución con el cortejo de María. La revolución no venía porque Manuel se hubiera adueñado al libre de la moza. Hecho era usual entre gentes de su calaña. Tal como animales vivían. A nadie podía sorprender que como animales se ayuntaran.

Lo que revolucionaba al pueblo rico eran la osadía, el descaro del seductor. ¡Y quién osaba y descaraba! Quién, por lástima y paciencia de todos, no recrujió contra el pie derecho del garrote.

Anselmo lo supo por Juanón. Contóle éste el caso con lagrimones de ira y rayos de extravío en los ojos.

— Manuel fué á buscarle, á pedirle casorio con su hija. Qué brutalidad, ¿eh?... Pues era el escomienzo. Quería casarse con la moza; pero ¿á qué no acertaba el señor cómo? ¡Sin poner los pies en la iglesia! Sin echar cuentas con el cura. ¡Por lo civil ¡eal!, por lo civil! ¿Hay mayor salvajá?

Anselmo convenía en que no. ¡Era mucha audacia la del hombre!—Ya le hubiera puesto á recaudo de no temer la enemiga de los trabajadores. Manuel

fué alma de la huelga que remataron los civiles; alma fué también de aquella temible asociación que seño-reó la provincia. Deshecha estaba; desperdigados, acobardados quienes la compusieron; pero aún persistía la idea; aún palpitaba escondida en los corazones

Manuel se captó el respeto, la veneración de los campesinos con sus discursos, con su bravura, en toda ocasión demostrada, con su abnegación, que no rehuía el sacrificio personal; bien lo probó en la huelga; con su honradez; porque también daba en el chiste de ser honrado.—¡Ay si no lo fueral! Ya le hubiesen puesto al anzuelo pa que lo tragase hasta las mismísimas agallas y diera el último coletazo en un presidio ó en un corbatín de verdugo.

No hubo modo. En la propia huelga procedió tan mesurado, tan dentro de la ley, que fué imposible erapapelarle.

Por ganas no quedó. De juro que, aun contra justicia, lo hicieran. Pero el doctor González Hernando, sobre su respetabilidad y su caudal y su influencia, tenía á cargo el corresponsalato de un gran diario madrileño. Al ministro, diputado por la circunscripción, no le placían dimes y diretes con la prensa. González Hernando se puso de parte del rebelde y hubo que transigir.

— ¡Dios de Dios con los trabajadores! Ya no eran tan fáciles al zarandeo como en tiempos antiguos. Tenían periódicos y sociedades y hombres de valimiento que defendiesen su bandera. ¡Hasta leyes que les amparaban tenían! ¡Así andaban las cosas! ¡Así estaban ellos de bravucones y exigentes! Antes,

á gloria les sabía el gazpacho; como un tesoro recibían los tres realitos de jornal. Hoy. . ¡Sí! ¡sí! De continuar la racha, habría que darles salmón y capones cebaos. Tocante á jornal... Quizá quisieran contarle por duros y cobrarlo en centenes.

A estos generales peligros uníase el particular de una revuelta si los campesinos veían maltratado á su apóstol. Manuel seguía siendo su ídolo, ídolo en quiebra, pero á la postre, un ídolo. Gran torpeza significaría apuntalar al ídolo tambaleante haciendo un mártir de él.—Nada, nada que se fuera poco á poco achicando, deshechurando hasta confundirse con los otros. Entonces se le daría con el pie. Hasta entonces, prudencia.

Así procedió con Manuel don Anselmo, gran político de capa parda. Así continuara por algún tiempo más, que era cauto y hombre de acechos largos y de tiro justo el cacique.

La última hazaña del obrero hacía imposible el aguante.

— ¡Dar en el pueblo la campanada de un casorio por lo civil! ¡De ninguna manera!... ¡Reconcho con el guapol!... ¡Ahí podía llegar la liebre! ¡Una boa civil en su pueblo! ¡En el pueblo caciqueado por Anselmo Fernández á nombre del orden, de la religión y del fuero tradicional! ¡Contento se pondría el ministro! ¡Floja rechifla harían del cacique amigos y enemigos!... ¡Cómo no, gitana!... Antes se cortaba lo que tenía de hombre.

A don Anselmo dábasele substancialmente una higa de la religión y de la iglesia.—¿La iglesia? Un infundio. ¿La religión? Un espantapájaros. Pero el infun-

dio había que declararlo incuestionable y al espantajo mantenerlo derecho, dándole apariencias de vivo para ahuyentar y amedrentar gurriatos. Caído el pelele, ¡adiós cosecha y cosecheros!...

—A más, la Iglesia formaba parte del "programa,,. Precisaba ayudarla para que ella ayudase. Así lo decía el ministro, que sabía dónde le apretaba el zapato.

El designio de Manuel era un atentado al "programa,, un bofetón en plena jeta del cacique. No se realizaría, aunque el propio Dios lo mandara.

Afortunadamente, el pueblo rico estaba con Anselmo; y también las mujeres y muchos hombres del pueblo pobre que, amaestrados por el padre Ricardo, llamaban á Manuel Antecristo, Parto de Lucifer y otras parecidas infernales hechuras.

¿Buscaba guerra? La tendría. A Juanón tocaba dar la cara. Don Anselmo manejaría tras el retablo los fantoches.

Al principio imaginó ir al proceso, á la condena del hereje. Para la condena era indispensable que María se declarara víctima de engaño y forzamiento. Nequaquam. No hubo modo. La mocita no se daba á partido. Inútiles fueron ruegos, amenazas y golpes. Ella terca en que no. Diría la verdad, toda la verdad: Que se dió á Manuel por su gusto; que no hubo en su entrega violación, ni trapacería, ni engaño; tampoco habría en el Juzgado suplante de declaraciones, porque, gracias á Dios y á su madre, sabía leer y escribir, y no pondría firma en papel que no hubiera leído y requeteleído de la cruz á la fecha.

Frente á semejante obstinación nada se podía intentar.

Plegado estaba el juez á las voluntades de Anselmo, que años y experiencias, postergaciones y traslados, hiciéronle comprender la mala cuenta que trae alardear de rígido y serlo frente á caciques y políticos. Pero en el asunto de Manuel no había recodo aprovechable. Todo tiene limite. Al de ahora no podían llegar ni las influencias de Anselmo, ni la transigencia del juez.

—¡Qué hacerle! — murmuraba el patán — ¡Paciencia!... Más tarde ó más temprano tendremos al gato en la talega. Hasta entonces, yo haciéndome el muerto, y tú, Juanón, disimulando, sin perjuicio de oponerte á esa boa. Tu hija es menor de edá. Sin licencia tuya no pué haber casorio. Hazte un nuo en el cariño que tengas á Maria, y enciérrala; no la dejes á sol ni á sombra. Sobre tó, que no vea á Manuel.

—Pué—añadía, sonriendo con astuta sonrisa— pué que la privación encienda el ansia. Locuras intentará por verla, por tenerla junto á él. Quizá que procure robártela. Procura tú saber si lo intenta, y cómo y cuándo, y á qué punto. Entonces... Entonces me avisas, y yo proveeré. La cosa es que dé un resbalón. Como lo dé, no faltará quien le rempuje.

Juanón puso por obra el plan. Negóse á la boda civil— á la eclesiástica se hubiera negado lo mismo;— y prohibió á María toda relación con Manuel. Encerrada estaba en el cortijo. Cuando Juanón salía de éste, hacíalo metiendo antes á su hija en una

habitación del piso alto, echando á la puerta las guardas y metiéndose la llave en el bolsilo.

Seguía en tanto en el casino, en los cafés, en las señoriles tertulias y en las mujeriegas reuniones de puerta de calle la enemiga contra Manuel.

No hay que decir si el padre Ricardo azuzaría á sus feligreses. Tarde de novena y mañana de misa mayor hubo en que la iglesia pareció *cancha* mitinera y el púlpito tribuna.

Estaba magnífico el padre Ricardo, dando al aire sus manos blancas y pulidas, echando el busto fuera del barandal, poniendo ojos en la techumbre y maldiciendo de los varones que seducen á inocentes doncellas sin respeto de la moral católica, sin temores al eterno castigo.

—¿Y aquéllos, y aquéllas que vivían en ilegal consorcio, siendo escándalo de la tierra y vergüenza del Paraíso?... Indignos pecadores eran. Pues lo había más indignos: ¿Quiénes? ¡Ah, quiénes!...

Aquí hacía el padre una pausa; sus manos quedaban suspensas, temblantes en la atmósfera; sus ojos se cerraban como si no quisieran ver á los anunciados indignos; un gesto de angustia contraía su boca y un gran suspiro brotaba por sus labios.

—¡Ah, quiénes!...—repetía á la conclusión de la pausa.—¡Quiénes van á ser! Los que unen al atropello de una virginidad, á la mofa de los respetos paternales, el escarnio á nuestra religión, el desprecio á las venerandas tradiciones. Quiénes, olvidando que el matrimonio fué instituído por la Iglesia y para la Iglesia, que sólo ella puede legitimarlo, acuden á un juez terrenal para proclamar, para legalizar su

execrable amancebamiento. Para estos no habrá excusa en la vida terrena ni piedad en la otra. Los hombres y las mujeres que, ultrajando la santidad del vínculo, se niegan á la bendición del sacerdote, para oír la plática de un juez, no constituyen matrimonio, forman bestial ayuntamiento. Ellos, los hombres, agentes del demonio son. Ellas, las mujeres, prostitutas hipócritas. ¡Precipitados caerán en los profundos! ¡Entregados serán al imperio de Satanás para sufrir eternamente, para consumirse y reconsumirse entre llamas!

Aquel final de párrafo, reforzado con los ademanes trágicos del cura, enardecía al auditorio. Las mujeres daban muestra de su entusiasmo con hiposos gemires, los hombres con fuertes resoplidos. Todo el señorío, excepción hecha de una docena de personas, acudía al templo para oír las arengas del padre. Todos asentían, apoyando, con su gesto y con su actitud, el *nulla est redemptio* del fogoso predicador.

La viuda, á quien malas lenguas atribuían reacciones, nada católicas, con el padre Ricardo, posaba en él sus negrísimos ojos relampagueantes de unción; la hija mayor del Alcalde, amancebada públicamente con Juanito, hacía ruborosos mohines; algunas casadas por la iglesia y no muy fieles á la epístola, según afirmación de varios socios del casino, condenaban, frunciendo el ceño, á los ofensores de Dios, á los escarnecedores del santísimo yugo. Las viejas, todas las viejas, hacían aspavientos, poniendo en cruz las manos, los párpados en guiño, las lenguas en lamentación.—¡Qué tiempos..., qué tiempos!... El fin del mundo se acercaba.

Con los hombres ocurría lo propio. Hasta el alcalde, el bárbaro Antofñote, matón al servicio de Anselmo, acechador de hambres para compra de mozas, hacía furiosos gestos de protesta; Juanito, que iba algunas tardes para ver y para más que ver, se ponía muy serio en los períodos trágicos, sacudía la cabeza de abajo arriba y murmuraba, repretándose con la viuda gentil: ¡Vaya un padre Ricardo! ¡Qué modo de empujar! No hay quien empuje más. ¿Verdá usted, Dolorcitas?

Creyérase que ninguna de aquellas personas había delinquido y burlado el mandamiento motivo del sermón; que todos eran impecables, honestos, desde la viuda del predicador, á la coima de Juanito; desde él hasta el cura, pasando por doña Teresa y rematando en don Anselmo, mercader de la propia honra cuando pobre, y corruptor de las ajenas cuando rico.

A Manuel le traían perfectamente sin cuidado murmuraciones y amenazas. ¡Que se atrevan!, decía... Su amante, secuestrada por la voluntad paternal, apenas si tuvo noticia de lo que pasaba en el pueblo. A saberlo, también supiera, como su hombre, despreciar las murmuraciones y arrostrar las consecuencias de sus actos.

Para los amantes sólo existían una desgracia y un martirio: no verse, no hablarse; pero, no viéndose y no hablándose, tenían un propósito igual: reunirse, como fuera y contra quien fuera, para no separarse nunca. Hacerlo así significaba en Manuel deber de amor y de conciencia; en María... María sabía nada más una cosa: que el padre de su hijo era

Manuel. Con el padre de su hijo iría... A la muerte misma, si á la muerte les tocaba ir.

Al cabo hallaron proporción de comunicarse por escrito. Medianera fué una vieja criada. Ella trajo y llevó los mensajes. La fuga se convino. Un molde de la cerradura, que aseguraba la puerta falsa del corral, fué sacado en cera por la vieja; un herrero, amigo seguro de Manuel, forjaría la llave; después... ¡Que trataran de separarlos! ¡Que fueran por María á los altos de la montaña, á los peñascales donde viven los hombres del carbón, los de cara tiznada y dientes marfileños de lobo!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

— Es mañana cuando mi niña lía el hato y se va con ese canalla. ¿No lo sabía usted, don Anselmo? Pues ya lo sabe usted; y como lo demás ya está hablado, ná más tengo que decir.

Así habla Juanón, dando largos paseos por el despacho de don Anselmo, mordiéndose las uñas ó metiéndolas en sus cabellos para arañarse el cuero de la tozuda cabezota.

— No te aflijas, hombre, no te aflijas — responde lentamente el cacique. — Bien mirao, no de afligirte, de alegrarte ha llegao la ocasión.

— ¡De alegrarme!

— De alegrarnos tós. ¡Necio! ¡Más que necio! — agrega don Anselmo, encogiendo los hombros y enseñando los dientes con risita cruel. — ¡Por fin dió el traspies! ¡Por fin cae en mis manos! ¡Y no escapal! ¿Es que no comprendes, imbécil? ¿O te echas pa atrás cuando llega la tuya?... Antes no podíamos hacer ná. Hoy tó pué hacerse. ¿Quién será Manuel en la madrugá del jueves? Uno que violenta una puerta y entra en casa cerrá sin licencia del amo. ¿A qué entra? Eso á nadie importa; como no se le impor-

ta á nadie, ni debe saber nadie que la vieja, alcahueta de los amantes, está vendía á ti. Lo que sabemos, lo que ha de saberse, es que un hombre, sea el que sea, y vaya á lo que vaya, tiene una llave falsa y se cuela á las altas horas de la noche en un domicilio particular. ¿Entiendes?... El amo de la casa despierta, ve desde su ventana, ó desde el patio, ande pudo bajar llamao por el ruido, á un sujeto. Como es natural, el amo de la casa se asoma á la ventana ó sale al patio con una escopeta en la mano. Da gusto al deo, sale el tiro, y el salteador cae rodondo. Viene la justicia y levanta el muerto. El mataor, tras algunas incomodidaes, pequeñas, muy pequeñas, se ve libre, en la calle... ¿Has comprendió?... Pues si has comprendió, á la faena. ¿Que tiés miedo de maniobrar solo? Busca quien te acompañe. Si hablas, que hables con Antoñote y con su hermano, no te dirán que no. Hecho el avío, los ayudaores se largan y te queas tú solo. Solito aparecerás pa la gente y pa la justicia. Ahora, si vais tres al ojeo, debéis llevar revólveres á cuenta de escopetas. Hay Smiths del mismo calibre; los Smiths tienen cinco balas. Un padre enloqueció, igual larga un tiro que cinco. Piénsalo y márchate, Juanón, que es tarde y tengo que sumar estos pagos.

\*  
\*\*

A las frialdades propias del Diciembre, acompañaba aquella noche una compacta niebla que desdibujaba las cosas y los seres. De vez en cuando un rafagazo de aire descorría los cortinones de la nie-

bla, haciéndolos flotar ajironados en la atmósfera. Pronto encalmaba el aire y la niebla volvía á unirse, á caer pesadamente sobre la tierra en pliegues anchos y sombríos.

Por entre la niebla avanzaba Manuel, huyendo senderos y caminos. Iba á campo traviesa para no tropezar con nadie.

—Por lo suyo iba; por lo que, contra leyes de naturaleza y amor, querían arrancarle. No se lo arrancarían si no le arrancaban primero las entrañas. Esto no era fácil. Además, no había cuidado. Juanón estaba fuera del cortijo, en la capital. Así lo afirmó la criada, que era mujer segura, por obra del cariño que á la María profesaba y por obra de los duros que le había dado Manuel. Llegaría éste á la puerta falsa del cortijo, asegurado por la luz que, en señal de no haber obstáculos, pondría la vieja en su ventana; en el patio le aguardaría "su mujer". Una vuelta á la llave, y en seguida á la sierra. Allí podían esperar á que el hijo naciese, á que á Juanón se le fuera la rabia, á que se arreglaran las cosas en bien y sosiego de todos.

Por entre la niebla caminaba Manuel, prevenido á cualquier evento; dentro de la faja, su revólver y su cuchillo, al brazo las riendas del caballo que le había prestado Andresón, el jefe de los carboneros. Entrapajados, para evitar sonos de herradura, iban los cascotes del caballo; á pie el hombre desde que entró por las tierras de labrantío.

—No hubiese querido ir á tales extremos; por camino honrado deseó tener á su hembra y á su cría. ¿Le cerraban el paso? Adelante. No era cosa de que

su hembra padeciese prisiones y de que su cría desapareciera en el torno inclusero. Acaso, acaso, haciendo lo que hacía, faltaba á la ley de los hombres. Permitiendo hacer lo otro, faltaría á la ley natural. Entre las dos leyes, no había para su conciencia elección. Cogería lo suyo: el hijo y la mujer. Así estaría en paz con Dios. Luego... ¡Allá los del llano! La sierra es grande, inextricables sus alturas. Los de la sierra estaban con él. No darían con él los del llano. La montaña es esquiva. Únicamente para los nacidos en ella guarda el secreto de sus cumbres.

Manuel llegó al postigo, luego de amarrar su caballo y ver la luz indicadora en la ventana de la vieja. Pegóse á la puerta, y aguardó silencioso, temblando de ansiedad. A la parte adentro del postigo sonaron cuatro polpes, espaciados de dos en dos. Metió el hombre la llave en la cerradura, abrióse la puerta, y María cayó en sus brazos.

— ¡Al fin juntos! — murmuraron los dos á un tiempo.

— ¡Y por la última vez!... — gritó una voz, al par que tres hombres, revólver en diestra, avanzaban contra Manuel.

Los revólvers se alzaron prontos á disparar.

Más pronta que ellos fué María. Rodeando á Manuel con sus brazos, le cubrió con el cuerpo.

— ¡Tirar!... — dijo — Tira, padre, si quieres. Pero cuenta que, pa matarle á él, has de matarme á mí.

— Quietos — gritó Juanón, deteniendo con el ademán á los otros. — ¡Quietos!... ¡Perra y tó, es mi sangre!... ¡No tiréis, que poeis matarla! Aparta — siguió. — ¡Aparta, mala hembra! ¡Déjame que lo estripe!...

— ¡Falta que podáis! — respondió Manuel, procurando desasirse de María para hacer uso del revólver y del cuchillo que tenía empuñados.

— ¡No! ¡Eso no! ¡Tampoco, Manuel! — exclamó María. — ¿Matarle? — añadió, encarándose con los otros. — ¡Ni esos hombres, padre, ni tú! ¡Que prueben! ¡Prueba tú!...

Y arrancando de manos de Manuel el cuchillo, dijo á Juanón, con voz resuelta y perentoria:

— Con él me voy, padre. Tira contra él ó di que tiren. En ti está. Pero, tan cierto como que eres mi padre, como este hombre es padre de mi hijo, que si tiráis contra él y si él cae, con su cuchillo me hago cachos el corazón. Ahora, lo que queráis. Nosotros dos, andando.

— ¡Dejarlos!... ¡Dejarlos!... — rugió sordamente Juanón. — Lo hará como lo dice. ¡Y es mi hija! ¡Yo no pueo matar á mi hija!... ¡Ah, malditos, malditos!... ¡Así no tengáis día claro en lo que os quea por vivir!...

.....  
Allá entre la niebla, al silencioso galope del caballo, se pierden la hembra y el varón. Hacia la sierra van, á labrar en el misterio de los riscos el nidal de su cria.